

Prólogo

SU ALTEZA REAL LA PRINCESA MÁXIMA DE LOS PAÍSES BAJOS
ASESORA ESPECIAL DEL SECRETARIO GENERAL DE LAS NACIONES
UNIDAS PARA EL DESARROLLO FINANCIERO INCLUYENTE

Marta vive en una casa alquilada en las afueras de Domingo de Arenas, un pequeño pueblo en el estado de Puebla, México, donde cría a sus tres hijos. Se gana la vida trabajando como jornalera en plantaciones locales, revendiendo maní y semillas en un mercado cercano y, a veces, lavando la ropa de los vecinos. Nunca tiene la certeza de cuánto ganará ni cuándo verá el dinero. Aunque el mes pasado le fue bien, pronto se le acabó el efectivo, pues tuvo que pagar el recibo de la luz, médicos y la matrícula de la escuela preescolar de su hija. Además, se atrasó con el alquiler, que equivale a 40 dólares, y su deuda en el almacén de comestibles local asciende a 20 dólares. Confía en que le paguen pronto a su hijo por el trabajo ocasional que realiza para que la ayude a saldar sus deudas.

A pesar de que Marta es pobre, su situación no es de extrema precariedad. Sin embargo, por mucho que se empeñe en salir de la pobreza, su esfuerzo se ve amenazado por cuestiones inesperadas, como una enfermedad o la falta de trabajo. Por ejemplo, el año pasado, cuando vivía con su familia, ella planeaba comprar un terreno en 400 dólares para construirse una casa propia. Logró ahorrar 160 dólares, pero tenerlos al alcance de la mano hizo que fuera difícil

retenerlos. Su hermana la convenció de prestárselos a un amigo que al poco tiempo desapareció sin devolvérselos. Enfurecida, Marta se mudó y ahora no sólo intenta ahorrar, sino que también paga alquiler. Espera juntar aquella cantidad en un par de años más, pero deberá hacerlo sola, pues no hay bancos para resguardar su dinero y las sociedades de crédito —que también reciben ahorros— son famosas por irse a la quiebra con frecuencia. Tampoco cuenta con garantías para solicitar un préstamo ni con seguro de gastos médicos. Sólo hay una cosa segura para Marta: como ella misma afirma, esta vez esconderá el efectivo hasta de sus familiares más cercanos.

A partir de la publicación de *Las finanzas de los pobres*, en 2009, cambió de manera fundamental nuestra manera de pensar sobre personas como Marta. Solemos oír historias de pobres que viven con dos dólares al día, pero eso no implica que dispongan de esta cantidad diaria. Tal vez un día cuenten con cinco dólares y el resto de la semana lo pasen sin un centavo. En otras palabras, los ingresos, gastos, sucesos cotidianos e imprevistos de los pobres son irregulares e impredecibles. Contra lo que podría pensarse, las familias que desfilan por las páginas de este libro nos muestran que, cuando hay muy pocos recursos, éstos deben ser administrados con mucho cuidado, lo que implica un gasto de tiempo y, sobre todo, de más dinero.

Al conversar con líderes mundiales, presidentes de bancos centrales y directores de instituciones financieras, todos se sorprenden ante los excesivos costos que los pobres tienen que pagar para disponer de efectivo o de sus propios ahorros cuando los necesitan: no sólo pagan tasas de intereses elevadas cuando piden un préstamo, sino que también tienen que lidiar con riesgos más elevados y enfrentar costos altísimos para poder ahorrar. En África occidental, por ejemplo, los cobradores *susu* exigen una tarifa por custodiar el dinero de los ahorradores, generando intereses negativos. Las sociedades de ahorro informales también suelen fracasar. Los préstamos entre familiares y amigos con frecuencia no se recuperan, y

PRÓLOGO

muchos prestamistas cobran las deudas antes de tiempo. El efectivo que se guarda en casa se gasta con facilidad. El envío de remesas a través de compañías de autobuses entraña el peligro de que éstas jamás lleguen a su destino. Los usuarios se ven obligados a recorrer grandes distancias, solventar los costos del transporte, asistir a reuniones interminables y solicitar préstamos aquí y allá para reunir una suma que les permita alcanzar sus metas y realizar inversiones específicas —como la compra de su propio terreno, en el caso de Marta—. Una de las principales consecuencias de este esfuerzo en el manejo financiero es que se pasa menos horas trabajando en el campo, en la tienda o en cualquier otro empleo, disminuyendo así su posibilidad de generar ingresos.

Todo este malabarismo financiero es lo que permite a los pobres cubrir sus necesidades más básicas, como observamos en los casos de las familias involucradas en este estudio. Pero todas estas tarifas y costos escondidos se van sumando. ¿Qué ocurriría si disminuyéramos e incluso elimináramos la mayoría de esos gastos? Para una familia pobre, incluso un porcentaje bajo del ingreso total puede hacer la diferencia entre darle o no educación a los hijos, proporcionarles alimentos más sanos, ofrecerles servicios de salud básicos e incluso —en el caso de familias más pobres que la de Marta— poner la comida en la mesa.

Gracias al maravilloso trabajo expuesto en este fabuloso libro, hoy contamos con perspectivas iluminadoras. *Las finanzas de los pobres* nos muestra lo costoso que es vivir sin herramientas financieras formales y lo mucho que lograría la gente si tan sólo las tuviera a la mano.

Las finanzas de los pobres no sólo nos permite apreciar esas complejas exigencias financieras para satisfacer las necesidades más básicas, reunir sumas considerables y manejar los riesgos, pues también revela una circunstancia que parece tan obvia para los que ya vivimos con estos servicios en forma cotidiana: los pobres deben arreglárselas con instrumentos financieros informales, costosos y

poco fiables que no están diseñados en función de sus necesidades, las cuales sería más sencillo cubrir si hubiera a su disposición servicios financieros como seguros, préstamos, pagos y, sobre todo, ahorros, y lo que este libro nos enseña es que dichos servicios deben estar bien diseñados. Por ejemplo, en ocasiones una cuenta de ahorros por compromiso ayuda a un agricultor a reunir mucho más que una cuenta normal que no requiere disciplina en el ahorro, o bien, una cuenta de bajo costo y con gran liquidez le permite administrar el ingreso inestable para satisfacer las necesidades básicas de una manera más efectiva que en el esquema de ahorros tradicional.

Las finanzas de los pobres es un llamado tanto para el sector público como para el privado a tomar acciones. Es un llamado a construir sistemas financieros mucho más accesibles, con una infraestructura crítica y redes de transporte bien desarrolladas, que es algo de lo que todos dependemos y que beneficia a todos. Es un llamado a la inclusión financiera, al acceso universal a servicios financieros —a precios razonables— para todos aquellos que los necesiten, ofrecidos por un conjunto de instituciones fiables y sostenibles.

Por desgracia, aún falta recorrer un largo camino para lograrlo. Cerca de una tercera parte de la población mundial —como 2700 millones de personas— carece de acceso a servicios bancarios básicos, sin mencionar cuentas de ahorros, préstamos, sistemas de seguros y de pago, los cuales otorgan la fiabilidad y eficiencia que nos permiten a todos, tanto pobres como ricos, sacar más provecho de los recursos con que ya contamos.

Estos niveles de exclusión no sólo aplican para Sudáfrica, India y Bangladés, como se estudia a profundidad en este libro. De acuerdo con las estadísticas de 2009 de la OCDE, 60% de los latinoamericanos no utilizan servicios bancarios. El acceso a los servicios financieros en Latinoamérica se parece mucho más al de los países en vías de desarrollo que al de países como Estados Unidos, Francia, Suecia, Japón o mi país, los Países Bajos: en promedio, en Latinoamérica hay 14 sucursales bancarias y 31 cajeros automáticos

PRÓLOGO

por cada 100 000 personas, en comparación con las 32 sucursales y 94 cajeros automáticos que hay por cada 100 000 personas en los países desarrollados. Además, éstas se encuentran en su mayoría concentradas en las ciudades y en las zonas con mayor riqueza.

Latinoamérica también ha sido terreno de innovaciones pioneras. Desde 1999, Brasil ha construido una extensa red de minoristas y vendedores de boletos de lotería que ganan una comisión por realizar transacciones en representación del gobierno y de los bancos privados. Estos agentes ofrecen a la mayoría de los brasileños acceso local al sistema de pagos nacional, así como a productos de ahorro, crédito e inversión formales. Asimismo, en Perú los bancos cuentan con agentes en todas las provincias, con lo que se lleva el banco hasta la puerta del cliente —a precios accesibles y mediante el uso de modelos de negocio viables a nivel comercial—. En Colombia y México los gobiernos están usando agentes bancarios para ofrecer a los clientes pobres la transferencia de pagos de pensiones y apoyos sociales de forma eficiente y conveniente. De hecho, los reguladores mexicanos acaban de eliminar una de las barreras más comunes, al autorizar que los bancos ofrezcan a sus clientes cuentas simplificadas, como parte de un sistema escalonado. Lo anterior facilita que los residentes pobres y marginales, que en ocasiones ni siquiera cuentan con documentos de identidad formales, abran y utilicen cuentas básicas de ahorro y pago. Estos casos son sólo un puñado del número creciente de historias de éxito que están sucediendo en Latinoamérica en la construcción de infraestructura y productos necesarios para ofrecer mejores servicios a un sector mucho más amplio de la población.

En otras partes del mundo, una innovación radical que ha permitido ofrecer servicios financieros accesibles y asequibles para todos es la banca a través de la telefonía móvil, que ofrece la gran promesa de reducir costos, pues reduce el manejo de efectivo y evita establecer sucursales físicas en lugares lejanos. Lo más importante es que, donde ya está disponible, se ha convertido en un servicio

de gran demanda, con beneficios inmediatos para los pobres, los pequeños empresarios y muchas personas más. Recuerdo que, durante mi infancia en Argentina, me causó una profunda emoción ir al banco a abrir mi primera cuenta de ahorros: para millones de personas de las siguientes generaciones, esto será tan simple como darle unos cuantos toques a las pantallas de sus teléfonos.

Tales éxitos no serían posibles sin una comprensión de las necesidades, la capacidad y el deseo de los pobres de participar en el sistema financiero formal, así como del tipo de productos financieros que harían una diferencia en sus vidas. Éstas son precisamente las perspectivas que emergen en *Las finanzas de los pobres*. Sin duda, el libro me ha sido de gran ayuda para enfocar de nuevo mi atención en las necesidades financieras de los pobres, que, como hemos visto, no sólo implican obtener créditos asequibles, sino también cuentas de ahorros y transacciones seguras y accesibles. En los países ricos estos servicios básicos se dan por sentado, pero en otros contextos harían una auténtica diferencia y mejorarían numerosas vidas.

Confío en que la traducción al castellano de *Las finanzas de los pobres* permitirá que tan monumental trabajo alcance a un mayor público. De igual manera, espero que el mismo inspire a políticos, gerentes de instituciones financieras, académicos, actores que buscan el bienestar social y a una amplia gama de proveedores de servicios que se esfuerzan por brindarles a los pobres del mundo un acceso a servicios financieros de alta calidad. El propósito es ayudar a la gente a generar activos, protegerse de la adversidad, percibir un ingreso y crear empleos, de modo que sean capaces de construir futuros cada vez más equitativos y sostenibles.